

LA CERAMICA SEVILLANA

Con ocasión de celebrarse en estos días la VIII Reunión de la Sociedad Española de Cerámica, creo oportuno recordar la tradición de la sevillana, pues no todos los asistentes tendrán cabal noticia del desarrollo de tal industria artística en nuestra ciudad. Esto —y no más— es el fin de este artículo dedicado a divulgar la historia grandiosa de la ciudad de San Fernando. Viene pasando como moneda corriente decir que la industria del barro —no sé si acertó en la clasificación— fue exclusiva de Triana; la verdad es que se extendió a otros parajes de la población, y que en el famoso arrabal tuvo su mayor florecimiento.

El gremio de los olleros o alfareros, como tal tuvo su sello, con la silueta de la Giralda, sus individuos formaron hermandad con el hospital llamado de Santa Catalina, que dio nombre a la calle donde estuvo sito.

En el interesante libro «Grandezas de España», de Pedro de Medina (siglo XVI), se dice al hablar de esos gremios: «En este lugar de Triana se hace mucha y buena loza de Málaga, blanca y amarilla y de todas maneras y suertes. Hay cuasi cincuenta casas donde se hace y de donde se lleva para muchas partes. Asimismo muy hermosos bustos de hombres y otras cosas. De este azulejo se labra mucha cantidad que se lleva a muchas partes.»

En Triana se inventaron los azulejos llamados de «cuenca» y de «pisanos», que pronto adquirieron universal renombre, pues la loza sevillana se exportaba a muchos países extranjeros.

Los olleros fueron los autores de las vasijas doradas o policromadas, y de las que hay raros brocales de pozos y pilas de bautismo, que colocan a Sevilla en el primerísimo lugar en la historia de la cerámica. Aún hoy, sin salir de Sevilla, pueden admirarse esos maravillosos objetos, tan elogiados por don Rodrigo Amador de los Ríos, don Narciso Sentejada y don José Gestoso.

Nos atrevemos a indicar que cuando en Sevilla adquirió la cerámica su mayor auge fue en la época árabe, cuyo recuerdo e imitación ha llegado hasta nuestros días. En esa época, el arte de la cerámica presta todo su arte y esplendor a la Arquitectura, especialmente en la azulejería y en los mosaicos.

En el siglo XVI alcanza horizontes enormes, como en la fabricación de los azulejos llamados «policromos planos» y de «cuenca», que hoy se admiran en la Casa de Pilatos, en el Alcázar, en Santa Paula y en otros edificios.

En cuanto a los azulejos llamados de «pisanos», por su autor Francisco Niculoso Pisanos, continúan labrándose con extraordinario arte y habilidad por los artifices trianeros. Al par de este género de azulejos nacieron los de cuenca o de relieve, que se usaron no sólo en los alicatados, sino generalmente en los techos, con los llamados ladrillos por tabla, frecuentísimos hasta el siglo pasado en las casas sevillanas.

La calidad de la cerámica sevillana, aparte su arte, se debió a la excelencia de los barros de las orillas del Guadalquivir, donde los obreros conservan todavía muy rico vocabulario de su oficio, especialmente de la época árabe.

Los mosaicos sevillanos del Alcázar y los de la casa de los Melgarejos, llamada de los Oleos en el siglo pasado y hoy Asilo de San José de la Montaña, así co-

mo las muestras que se conocen de la primitiva solería de la Catedral y de una capilla de la parroquia de Santa Marina, dicen claramente la perfección a que se llegó en este género de barros vidriados, donde la perfección del dibujo combina admirablemente con los brillantes esmaltes en colores.

En cuanto al gremio de los alfareros, a más de los establecimientos de Triana, los hubo en los barrios de San Vicente, San Bernardo, tal vez en el del Salvador, donde estuvo desde el siglo XV, al menos la Alcaicería de la Loza, y en el antiguo Adasbejo, donde se vendían con preferencia los productos de la alfarería.

Algunos extranjeros se emplearon en esa industria, como el célebre Niculoso Pisanos y el italiano Tomás Pissaro, en los Humeros. El almojarifazgo de Sevilla obligaba por la entrada «de cualquier de vidrio labrado que viniere a la ciudad sesenta maravedís por carga mayor y de carga menor cuarenta...», con lo que se protegía a la industria indígena.

Con el tiempo, la cerámica sevillana decayó no poco; así vemos que se dedicó a la imitación o a la copia de las otras poblaciones, y aún a la de remotos países, como la China. Por el libro, bastante raro, de los «Tarsos» sevillanos, se conocen la clase de objetos imitados del Lejano Oriente y a los precios de su venta.

Dice el erudito trianero don Justino

Matute, en su «Separata para escribir la historia de Triana», que en el arrabal había en el año de 1596 diez hornos de ladrillo y teja y treinta de blanco y prieto; mas el comercio de la América fomentó este arte, que en corto tiempo llegó a su mayor altura, y en el nuestro lo vemos decaer, si no es que digamos precipitarse.

El mismo historiador trianero, aclarando las causas de la decadencia de la cerámica trianera, dice: «Mucho me dilatara en especificar las causas de este atraso, baste decir que el plomo se le vendía a este arte con un sobreprecio gravoso, contra el que el Rey había mandado que se cobrara; que el metal escaseaba y detenía las tareas; que Portugal, recibiendo de los ingleses loza de pedernal mucho más elegante, ya no consumía las grandes remesas que le entraban de Triana; y sobre todo, la libertad de comercio que llevó a América de Valencia y Cataluña grandes surtidos, con cuyos precios y perfección de la obra, no pudiendo competir con las fábricas disminuyeron sus labores y se fueron atrasando o por lo menos nada adelantaron, de lo que podía esperarse, atendido el estado actual de los conocimientos artísticos.»

Hoy día la cerámica trianera se ha levantado del grado de postración a que llegó en el siglo XIX, y vuelve a ser, por su arte y por su comercio, digna del esplendor que alcanzó en los siglos XV y XVI.

Santiago MONTOTO

C. de la Real Academia Española

Las reuniones de la Sociedad Española de Cerámica

Ayer continuaron las tareas de la VIII Reunión Anual de la Sociedad Española de Cerámica, con el estudio, en el aula de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Sevilla, de diversos trabajos sobre refractarios, cerámica blanca, productos de arcilla, ciencia básica y el vidrio. Previamente, los asambleístas visitaron las instalaciones de La Cartuja. Los citados trabajos fueron expuestos por don Eugenio Pérez Blanco, don Benigno Fernández Rascón, don Jorge Storm, don Clemen Blin, M. Clive Reynolds, don José María Moreno Abecia, don Antonio García Verduch, don Salvador de Aza Penda, doña María del Carmen Sánchez Conde, don Guillermo Munuera Contreras, don José María Trillo de Leyva, don Jesús Arribas Gila y don Joaquín Llobet Ruiz.

Por la tarde, a las seis, los participantes en estas reuniones visitaron en el Pabellón Mudéjar, de la Plaza de América, la exposición de realizaciones y proyectos dentro del Polo de Desarrollo Industrial sevillano, donde fueron atendidos por el gerente del mismo, don Manuel Bono Janeiro, quien les explicó detenidamente el contenido. Asimismo fue proyectado un documental. Más tarde fueron agasajados por el Ayuntamiento con una capa de jerez, y después visitaron los

Reales Alcázares, donde les recibió el director conservador, don Joaquín Romero Murube.

La conferencia del doctor Blanco

Inició su conferencia el señor Blanco con una exaltación del arte de la cerámica como expresión estética del espíritu popular y como documento histórico, que hace saltar a los ojos los secretos de la alimentación, de los núcleos sociales, de la actividad comercial y de otros muchos aspectos del modo de vivir y de sentir los hombres a lo largo de las épocas.

La antigua cerámica ibérica de Andalucía y Levante es la expresión última de la primera época o edad de nuestra historia. Antes, la cerámica a mano había alcanzado las altas cimas del vaso campaniforme y de los ocharros a la almagra, que, como plástica en barro, resultan ya obras de una belleza insuperable.

Lo que entendemos por cerámica ibérica andaluza y levantina es fruto del contacto con fenicios y griegos, que aportan dos innovaciones sustanciales: el torno del alfarero y los barnices para pintar los vasos. Pero en seguida se advierte en estas grandes regiones cerámicas una diferencia de sentido estético en la orientación de su temática decorativa: Andalucía se pronuncia por la decoración lineal, abstracta, sobria y pone su acento expresivo en la rotundidad, en la esbeltez, en la belleza arquitectónica de sus vasos. El Levante ibérico —Archena, Elche, Liria— arranca de lo geométrico para llegar en seguida a decoraciones naturalistas o figurativas, con escenas de animales, de flores, de temas religiosos y estampas de la vida diaria. En las mejores piezas —y en ello radica su mayor mérito— se advierte la perfecta unidad caligráfica, que hace de plantas, animales y seres humanos un armonioso conjunto. Con ello, la cerámica ibérica planta las raíces de un arte popular que, lo mismo en la cerámica morisca que en la de Ma-

EL ABONO COMPLEJO ALEMAN

KAMPKA